

¿Pensamiento Único en la sociedad actual?

No es la primera vez que en un artículo hago referencia a algún escrito publicado en infocatólica (y no será la última), pero lo cierto es que resulta ser un exponente muy claro y fidedigno del pensamiento católico más ortodoxo, por lo que resultan excelentes ejemplos de lo que, desde una posición atea, resulta criticable por lo de retrógrado y absurdo que tiene.

Hoy mi referencia es un artículo reciente, que es un resumen claro de todos los elementos que hacen del catolicismo una creencia aberrante y absurda, y a la vez exponente de la actitud más autoritaria, irrespetuosa e incluso dictatorial.

Pero lo más curioso es que, precisamente, se acoge a definir la actual sociedad, entendiéndola como monolítica, con un calificativo que en realidad es más propio de la religión que del entorno social en que vivimos: el Pensamiento Único.

De entrada la definición del orden social actual es simplista además de una clara manipulación de la realidad. Niega cualquier diferencia entre las distintas opciones políticas (derecha o izquierda, tanto da), incluye en el mismo saco los distintos movimientos políticos habidos desde el mayo del 68, entendiéndolos como distintos procesos con un único fin prediseñado por unas cúpulas dominantes del poder cuyo fin es instaurar un orden nuevo autoritario y basado en lo que él denomina "*papa estado*", entendiendo que para tal implantación, uno de los objetivos fundamentales es la desaparición de la familia porque, según el autor, esta transmite "*valores que el pensamiento único detesta*" y porque al desaparecer deja a la persona "*sin referencias, sin ningún tipo de anclaje, sin un paraguas que la ampare cuando llegan las crisis o las dificultades; la persona, desvinculada, queda a merced del Estado*".

La verborrea utilizada puede convencer a un ya creyente en los principios dogmáticos católicos, pero no resiste el más mínimo análisis hecho con seriedad. Lo primero que a mí me llama la atención es el hecho de utilizar conceptos y frases típicamente liberales (o del actual neoliberalismo) para enmarcar la defensa de sus planteamientos. Lo del recurso al "papa estado" está ya muy visto, y quien lo utiliza es siempre quien pretende imponer un liberalismo que al final solo es una selva en la que el más fuerte esclaviza al más débil (en realidad a la inmensa mayoría de las

personas). Esa pseudodefensa de la libertad es en realidad la defensa de la libertad de una minoría social para imponerse sobre todos los demás. ¡A otro perro con ese hueso!

Pero como hoy la alianza entre la derecha política y económica y los sectores religiosos más integristas hace aguas por todas partes, lo más cómodo es considerar el abanico político como un todo y acusarlo de ser coincidentes en los planteamientos. Pues va a ser que no. Los movimientos políticos y sociales son muy distintos, y la supuesta conexión entre todos ellos es inexistente. Los distintos modelos sociales preconizados por las distintas posturas ideológicas, no solo no son coincidentes, sino que, en muchos casos, son totalmente opuestos e irreconciliables.

Por ejemplo, la acusación de estatalización es simplemente absurda en un movimiento político liberal. Precisamente el liberalismo pretende que el papel del estado sea tan nimio que resulte irrelevante, dando absoluta libertad a la iniciativa individual o particular, aunque de ello se deriven efectos nefastos para el conjunto de la sociedad y se creen situaciones de flagrante injusticia social. Por otra parte el papel de estado reivindicado por buena parte de la izquierda dista mucho de ese manipulado concepto de "papa estado". Vamos a ver, quien más quien menos ya ha estado sometido a la tutela paterna, y no necesita que se nos imponga otra equivalente. El estado es un administrador, y como tal debe estar al servicio de la ciudadanía y no al revés. Es esta ciudadanía la que debe tener un control absoluto sobre las acciones del estado, y fiscalizarlo para que actúe en interés del bien común, no como ahora que obedece a intereses, en muchos casos, inconfesables. Por otra parte, un sector de la izquierda, clásicamente vinculada al anarquismo, reniega de la propia existencia del estado, defendiendo como alternativa el gobierno de la sociedad en base a estructuras populares de democracia directa (al margen de lo factible que esto puede o no ser). Así pues, la imagen expuesta de un estado autocrático dista mucho de la deseada por los movimientos sociales y políticos, y está más enraizada, precisamente, en los modelos políticos que en su momento compartieron poder con la Iglesia Católica (y que algunos de los más fanáticos añoran que vuelvan). El planteamiento es evidentemente falso.

La supuesta existencia de una conspiración organizada para acabar con la familia que arranca desde el mayo del 68 y el movimiento hippie y que hoy se concreta en lo que llaman ideología de género, es

para mear y no echar gota, al más puro estilo conspiranoico (de hecho hoy los sectores más integristas católicos tiene muchos puntos en común con los conspiranoicos, esos que ven conspiraciones hasta en la sopa).

Lo que estas personas son incapaces de comprender es que, al margen de los modelos socioeconómicos y sus enormes discrepancias, los partidos políticos de derechas han evolucionado desde una moral anclada en el siglo XIX a posturas de defensa de las libertades individuales. Tampoco es del todo cierto que este cambio de actitud en el seno de la sociedad sea genuinamente propio de la izquierda política. Baste recordar las actitudes que en este sentido tenían los partidos burocratizados del este, ¡Nada que envidiar a sus oponentes occidentales!

En realidad, la ruptura con los modelos morales tradicionales surge de la confluencia de activistas de derechos sociales y los nuevos movimientos políticos de izquierda (en muchos casos marginales) que arralan en una generación joven cansada de los paradigmas existentes. Es por ello que la defensa de temas como los derechos de la mujer, de los homosexuales, etc. no son exclusivamente específicos de la Izquierda política (aunque en tales sectores arralen con más facilidad ya que la derecha sigue conservando claras vinculaciones con las confesiones religiosas). Pero de ahí a la existencia de una confabulación organizada, media un abismo y muchos wiskis aderezados con algunos porros.

Pero hay más. En ningún momento la pretensión ha sido la destrucción de la familia, sino la inclusión de nuevas formas de familia. La introducción de nuevas formas de estructuras familiares en ningún momento implica la desaparición de la preexistente. Se trata de convertir en normal (es decir, aceptado socialmente) aquello que afecta a un sector de la población (más o menos importante), evitando situaciones de agravio o incluso de ilegalidad. Afirmar que el objetivo es la desaparición de la familia tradicional es absurdo, irracional y falso. Pero resulta evidente que es la única justificación para oponerse a esta apertura social. Así que "vamos a repetir tal mentira hasta la saciedad, que alguien se la creerá"

La defensa del "amor libre" y/o estructuras comunales (estructuras familiares grupales) ha existido siempre, aunque en épocas pretéritas fueran prácticas severamente reprimidas, precisamente por los que ahora se quejan de "persecución por sus ideas religiosas". No es algo

nuevo, y siempre ha sido más bien marginal, de la misma forma que lo es ahora. La progresiva desaparición del matrimonio religioso (sustituido por el civil y las uniones de hecho) no representa la desaparición de la familia ni mucho menos. Simplemente su liberación de la imposición dogmática religiosa. Con todo, quienes quieren recurrir al rito católico, son libres de hacerlo. Es su decisión y nadie les impide tal opción.

El problema de fondo es que tales católicos (como el autor del texto), desde su posición de "absolutos poseedores de la verdad", niegan a los demás la capacidad de decidir cuál es el modelo familiar que desean. Esos católicos quieren imponer a los demás su modelo particular, y cuando la sociedad se niega a tal imposición reaccionan afirmando ser perseguidos cuando tal cosa no solo no es cierta, sino que, de poder, serían ellos quienes perseguirían a cuantos discrepan de sus creencias. Acusar a los demás de prácticas propias en tiempos pasados, es una maniobra de defensa de una total falsedad. Mienten.

Y siguen mintiendo cuando acusan a la sociedad o a sus instituciones de manipulación e imposición ideológica. Para los herederos de quienes han impuesto sus dogmas religiosos a la sociedad durante siglos, cualquier pérdida de poder social se convierte en un ataque "injustificado" a sus prebendas y poderes. Así, cuando se plantea la posibilidad la exclusión de la religión como asignatura en el currículo, saltan como energúmenos reclamando su permanencia (recordemos que hoy por hoy solo hablamos de posibilidades, porque sigue siendo una asignatura evaluable).

Y sin embargo, en la sociedad actual el mantenimiento de tal asignatura es una aberración. En primer lugar porque la enseñanza debe fomentar la razón y no la irracionalidad. Les guste o no, la religión (todas las religiones) es un hecho irracional. Ninguna ha podido demostrar incuestionablemente la existencia de un dios o dioses, y mucho menos del dios concreto al que cada cual adora. Así pues, por simple coherencia con el concepto de educación, es incoherente la existencia de una asignatura de religión.

Eso no niega el derecho a optar por la irracionalidad. Los padres y la Iglesia son muy libres de organizar sesiones evangelizadoras con sus recursos (después de todo, para eso están las iglesias), pero fuera de lo que es la estructura de la educación (tanto organizativa como material), y por supuesto con el debido respeto a la voluntad del

niño. Pero la educación de las personas debe encaminarlas a la formación racional.

Tales concepciones se ven, por parte de la Iglesia y sus defensores, como un ataque a la misma, pero eso no es cierto. Simplemente se trata de eliminar las prebendas y el excesivo poder que durante siglos han tenido de forma inmerecida. Es la sociedad la que se ha vuelto (y se vuelve cada vez más) laica, mientras ellos siguen negándose a reconocerlo, y mucho menos a aceptarlo.

Cuando reclaman intervenir en la sociedad e imponer sus modelos y dogmas, son ellos los que están defendiendo el Pensamiento Único, el suyo, rechazando cualquier otra alternativa que no sea la suya. Una vez más acusan a los demás de los defectos propios. Y precisamente por ese afán de imposición, de absoluta falta de respeto a quien piensa diferente, por la violencia implícita que ello conlleva, no debe extrañarles que, en ocasiones, las respuestas que obtienen puedan asimismo rozar la violencia. Quien siembra vientos, recoge tempestades, y ellos han sembrado mucho, muchos vientos.

(Artículo de referencia:
<http://infocatolica.com/blog/gobiendes.php/1508011207-disidencia-frente-al-pensamie#more28950>)